

ALONSO, A. y ARZOZ, I.: *El desencanto del progreso. Para una crítica luddita de la tecnología*, Madrid, Dykinson, 2021. 170pp.

La vida en nuestra sociedad está radicalmente definida por la tecnología. Desde que ponemos un pie fuera de la cama, nos pasamos el día respondiendo whatsapps, interactuando en redes sociales, enviando correos... Nos sentamos a comer con la familia, y encendemos la televisión; salimos a la calle, y una cámara de vigilancia nos graba, o pasamos el control de seguridad de un centro comercial, o subimos a unas escaleras mecánicas. Pagamos con dinero electrónico, viajamos a altas velocidades, usamos prótesis, marcapasos, donamos y nos trasplantan órganos... De una u otra forma, nuestra sociedad parece estar fundada en y sostenida por lo tecnológico. Son muchos, de hecho, los expertos que nos advierten de

las consecuencias catastróficas a las que nos llevaría un colapso eléctrico generalizado, o un simple ciberataque contra alguna de las *nubes* más importantes.

Por si fuera poco, no es nuestra vida “pública” aquella que únicamente se ve afectada por la radical incorporación de la tecnología a su quehacer: la propia individualidad ha sido invadida por este consumo tecnológico exacerbado. No sólo usamos ordenadores y demás artilugios electrónicos para desempeñar nuestras obligaciones sociales, como trabajar o estudiar, sino que, de manera progresiva, este consumo acostumbra a invadir cada vez más facetas de la vida privada. Camino de la escuela o de la oficina, no cesamos en consumir contenido digital: no merece la pena perder un tiempo que puede ser aprovechado escuchando música, compartiendo memes o

siguiendo la última serie de *Netflix*.

Este consumo acelerado, este *hacer tecnológico* incansable, se presenta con una apariencia amable, liberadora. Pero ¿es así realmente? ¿Nos libera la tecnología? En la obra *El desencanto del progreso. Para una crítica luddita de la tecnología*, Andoni Alonso e Iñaki Arzoiz edifican una crítica tecnológica inspirada en la sospecha hacia los valores de la tecnología. ¿Nos libera verdaderamente la técnica? Nuestra sociedad se inclina hacia el lado afirmativo de la respuesta. Hemos sido educados en la ciega confianza en el progreso, en el valor de la técnica como solución a todos los problemas.

Al contrario de las profecías de sociedades distópicas, nuestras sociedades no son escenarios de extrema vigilancia policial. El liberalismo, impulsado por el dogma del progreso, no ha

dado lugar al control sistemático del cuerpo ni a situaciones de extrema vigilancia policial, como profetizaban los autores de la literatura de ciencia ficción al describir el futuro tecnológico. Hoy, en lugar de ello, nos encontramos en un mundo aparentemente muy distinto, donde no se coarta a las personas ni se les priva de su libertad, sino justamente lo contrario: se les insta a hacer. Esta dictadura del *hacer*, del *sí* en lugar del *no*, se basa en el dogma técnico del progreso, sólo mediante el cual el ser humano podría actualizar su mejor posibilidad. Pero ¿dónde se funda esta idea? ¿Por qué asumir como deseable un progreso técnico constante, sin tan siquiera habernos parado a reflexionar sobre ello? No parece descabellado, pues, reclamar la necesidad de sentarnos a pensar con detenimiento si, como humanos, realmente nos

beneficia ese hacer incesante, ese ritmo de vida.

La obra de Alonso y Arzoz se erige como un proyecto de emancipación o, al menos, de puesta en duda de los valores de progreso e innovación que aceptamos y seguimos ciegamente. En *El desencanto del progreso. Para una crítica luddita de la tecnología*, los autores nos presentan, a través de numerosos ejemplos, una crítica a estos ideales técnicos. La obra, inspirada en el ludismo clásico, apuesta por el concepto de *ludismo reflexivo*, el cual va articulando el discurso haciéndonos ver una “tradicción de pensamiento” que, de forma pacífica, llevaron a cabo sólidas críticas contra la tecnología. Hemos crecido siendo educados en una fe ciega hacia el poder de la técnica. Pensamos que todos los problemas podrán resolverse gracias al progreso. Pero ¿cuál es la base para esta

creencia, si no toda acción es deseable? ¿No llevó el progreso técnico a la creación de la bomba atómica, o a Auschwitz?

Podrá objetarse, aun así: ¿por qué elaborar una crítica contra la sociedad tecnológica, si es gracias a los avances técnicos que los humanos de hoy podemos realizar grandes proyectos de vida, alcanzando cotas de bienestar que bien hubieran deseado nuestros antepasados? En primer lugar, un mayor desarrollo técnico no implica necesariamente una mejor apropiación de nuestra circunstancia ni una consecución inmediata de la felicidad. La técnica, siguiendo a Ortega, puede ser engañosa, pues tener infinitas posibilidades a nuestro alcance puede llevarnos a la inopia, a la pérdida del deseo. Cuando todo lo que pasa por nuestra mente puede ser obtenido y realizado al instante ¿qué sentido tiene luchar por ello? Y ¿no son las

cosas por las que debemos luchar aquellas que, precisamente, mayor placer nos producen?

La tecnología puede brindarnos grandes avances y permitirnos alcanzar altos grados de bienestar, esto es cierto. Pero, al mismo tiempo, las bondades técnicas enmascaran la realidad de una sociedad agotada por el ritmo de vida acelerado al que lleva la hipertecnologización del mundo. El cansancio vital, uno de los rasgos más distintivos de nuestra época, aparece y se generaliza allí donde los individuos son constantemente llamados a hacer uso de su libertad para generar acciones y experiencias.

Pero ¿por qué interesa tanto la libertad? A través de ella, las personas van definiendo modos de hacer. Con el uso y el desarrollo técnicos se genera una sensación de realización personal infinita que hace que los individuos sigan deseando permanecer

en ese estado de libertad. La identidad la construye el propio individuo a través de su acción. Si la disciplina panóptica, genuina de las sociedades biopolíticas, generaba una “voluntad contrapuesta”, una reacción entre dominante y dominado, el control de la sociedad tecnopolítica es mucho más sutil en cuanto se esconde. El poder tecnopolítico aparece bajo una forma amable, y la magnitud de su poder reside, precisamente, en la capacidad de los valores de la técnica para disolver el poder en la mente de los usuarios.

Afortunadamente, son muchos los ejemplos con los que contamos para comenzar a elaborar una crítica contra este pensamiento dominante. A través de la obra de Alonso y Arzoz nos acercamos a la experiencia de personajes influyentes, como científicos, ingenieros, escritores o filósofos, que han venido pronunciándose sobre los problemas que este uso ciego

y desmedido de la tecnología puede ocasionar. Vemos, además, un gran número de psicólogos y psiquiatras que nos advierten de las patologías que pueden derivarse de un uso desenfrenado de la tecnología y de los entornos virtuales. Ya hoy, de hecho, la depresión se ha convertido en una de las enfermedades más comunes (y esto a pesar del progreso y, consecuentemente, de la felicidad social que debería derivarse de dicho progreso). El suicidio es una de las causas de muerte no naturales más frecuente, al menos en los países “desarrollados”, y no cabe duda, según los profesionales de la salud, de que esto se irá acentuando con el paso de los años. Además, se produce una paradoja interesante. Por un lado, la maraña de anuncios publicitarios y eslóganes sociales nos animan a ser nosotros mismos, a definirnos, a ser únicos: para cada persona hay un producto

concreto. Sin embargo, esta necesidad de convertirse en un individuo singular, especial, tropieza con la realidad: hemos interiorizado tanto los valores de la individualidad que, al contrario de lo que tal vez podría esperarse, la sociedad se ha ido haciendo más homogénea. La apología de la individualidad está llevando, precisamente, a la destrucción del tejido social y de la pluralidad humana. Si al comienzo de Internet se pensaba que los entornos virtuales podrían llegar a ser espacios adecuados para la movilización social, décadas después el escenario social no parece sugerir dicha realidad. La sociedad no está unida: al contrario, cada uno es empresario de sí mismo y debe apropiarse de su vida. Si alguien no se adapta, es culpa suya. El tecnológicamente inadaptado es degradado a marginado social, y el tonto del pueblo, siguiendo a Umberto Eco, elevado a

sabio. Y esto porque, en Internet, lo único que importa es el continuo movimiento de datos, la circulación de información económicamente rentable. En Internet, pues, todo se generaliza, porque todo dato implica posibilidades de progreso.

Si algo está claro es que los datos mueven el mundo de hoy. El problema reside en que no somos nosotros, los usuarios corrientes, quienes los manejan. No somos dueños de los datos que generamos como sociedad, sino que pertenecen a firmas empresariales cuyo poder va superando con creces incluso al poder de los estados más poderosos.

Contra los valores de una sociedad que cree ciegamente en la técnica, que la concibe como fundamento del mundo y como solución a todos sus problemas, surge el ludismo reflexivo. Se deja en manos de la tecnología el poder de determinar el futuro, de dar respuesta a los conflictos

sociales, de acabar con las desigualdades, etcétera. Pero este sistema global, esta técnica, es en sí misma un fin, no un medio que los humanos tengamos a nuestra libre disposición. Y, como fin, la tecnología hace de nosotros su medio: somos la herramienta, el engranaje que hace girar el mecanismo. Los avances científicos, los últimos modelos de ordenadores y teléfonos, el aumento de la velocidad de navegación en Internet, la creación de contenido audiovisual para mantenernos entretenidos...

¿Son realmente bondades del sistema dirigidas a alcanzar la felicidad humana?

Desde Karl Kraus hasta Unabomber, pasando por Umberto Eco, Robert Musil o George Orwell, los autores definen el ludismo reflexivo a través de ejemplos que van dando respuestas críticas a nuestras preguntas. No sin enciclopédica erudición, en la obra encontraremos pasajes

con anécdotas, experiencias, obras, proyectos o ideologías referidas a personajes y teorías *impertinentes* o *intempestivos* para la sociedad del siglo XXI, una sociedad que va cayendo en el cansancio por cuanto es urgida a moverse, a hacer sin límites.

El ser humano de nuestra época, emprendedor de sí mismo, actúa abanderando el valor de su individualidad sobre la existencia. Contra esta celebración del yo, contra este narcisismo que conduce a la depresión, surge el ludismo reflexivo, un pensamiento que pretende reunir a aquellos que no se conforman con la fe en el progreso técnico, una fe ciega frente a la que es necesario actuar de manera inteligente, con prudencia y reflexión, mucha reflexión, como la que esta obra aporta.

FRANCISCO J. MORENO VARILLA
Universidad de Sevilla

ALMAZÁN, A.: *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnólogo*. Madrid, Editorial Taugenit, 2021. 184 págs.

Tras arrancar con un prólogo de Jorge Riechmann, *Técnica y tecnología*, la última obra de Adrián Almazán se presenta como una especie de conversación con un “tecnólogo” hipotético: un diálogo que se va desplegando a lo largo de cuatro capítulos que dan voz a los tópicos que con mayor frecuencia y contundencia expresan la ideología tecnológica dominante.

¿Acaso alguien no ha escuchado alguna vez que “siempre ha habido tecnología y siempre la habrá porque es lo que nos hace humanos”? ¿Y aquello de que “las tecnologías no son ni buenas ni malas, lo que importa es cómo las utilizemos”, que “no se puede luchar contra el progreso” o que “sólo la tecnología puede sacarnos del lío en el que la tecnología nos ha me-

tido”)? Estos son, exacta y literalmente, los cuatro lugares comunes que la obra expone y discute en sus menos de doscientas páginas, logrando ofrecer a quien se aproxime a ellas un sólido acervo de herramientas conceptuales y discursivas para comprender y rebatir los clichés más habituales.

Pero el objetivo del autor no es única ni prioritariamente entablar diálogo con los acólitos del desarrollo tecnológico. Antes que eso, diríamos que su motivación radica en la necesidad de comprender nuestra sociedad tecnológica *en* sus implicaciones históricas, políticas, sociales y ecológicas. Dado que la técnica y la tecnología no pueden entenderse en sí mismas de un modo aislado y descontextualizado, sino en el seno de las distintas sociedades y ecosistemas que les dieron nacimiento, debe quedar claro que el libro que aquí reseñamos no es un libro de filosofía de la tecnología al uso. En efec-

to, quien comience su lectura al pronto se encontrará con un texto salpicado de referencias a destacadas personalidades de muy diversas ciencias naturales y sociales, cuya huella en el autor, en general, hace de esta obra, en particular, algo a la vez mucho más y mucho menos que una producción estrictamente filosófica.

El lector se encuentra, entonces, ante una colección de análisis, ideas y puntos de vista transdisciplinares que resulta arriesgada y necesaria a partes iguales pues, incluso a costa de perder el pulso filosófico en algunas ocasiones, logra brindar una visión general y holística de la tecnología, además de una rica selección bibliográfica. De manera que este diálogo multidisciplinar, antes que como una debilidad, podría concebirse como una de las mayores fortalezas de este texto, en tanto dota de contenido, fondo y realidad a una reflexión teórica que, de lo contrario,

correría el riesgo de ser excesivamente especulativa. Además, de este modo, Almazán logra uno de sus objetivos principales: ampliar nuestra mirada hasta lograr ver en todo objeto técnico aquello normalmente invisible —o, mejor dicho, invisibilizado.

En efecto, el autor sabe que pretender desenmarañar completa y exhaustivamente la intrincada trama del sistema técnico, dada su complejidad, sería una labor titánica y casi insensata. Sin embargo, sí es posible ganar cierta sensibilidad con aquellas dimensiones del desarrollo tecnológico que normalmente quedan retenidas “tras los muros”. Así, mediante una exposición de sus costes sociales y ecológicos, el autor de la obra desmitifica el carácter teóricamente neutral, inocuo, racional y beneficioso del desarrollo tecnológico acelerado. Además, al reintroducir esos costes que pretenden externalizarse como “daños colatera-

les” del progreso, la obra pone las cosas en su sitio, haciéndonos adquirir una mirada integral, crítica y lúcida, capaz de advertir la profunda insostenibilidad e irracionalidad del sistema económico y tecnocientífico capitalista, caracterizado por pretender un crecimiento infinito en un planeta finito.

Y es que, el sistema tecnológico, lejos de ser inmaterial, como se complace en publicitar la charlatanería dominante, es sumamente intensivo en su demanda de energía y materiales (Turriel). Pese a toda esta propaganda tecnológica que inunda los medios de comunicación tradicionales, *Técnica y tecnología* es una crítica intempestiva a esta sarta de supuestas soluciones tecnológicas frente a la emergencia climática contemporánea. ¿Los motivos? Este tipo de “respuestas” son incompatibles con un metabolismo socioecológico en el que los ciclos se cierren, lo cual debería ser el objetivo en el actual

contexto de crisis energética y de materiales: revertir las fracturas metabólicas que dieron luz a la Gran Aceleración y al Capitaloceno, y no seguir incidiendo y agrandando el abismo entre los recursos necesarios para sostener nuestro metabolismo industrial (*inputs*) y los desechos, residuos o chatarra no reintegrable que el sistema produce sin parar (*outputs*).

Como señala el prologuista, esta labor de reestructuración o reconfiguración de nuestra percepción y valoración de las tecnologías es especialmente pertinente en el momento sociohistórico en que nos encontramos: un escenario de colapso ecosocial dentro del cual la creencia en el carácter salvífico o soteriológico de la tecnología está al orden del día. Según el análisis del autor, este mesianismo tecnológico, este tecno-optimismo o, directamente, esta tecnolatría, es deudora de la fe en el avance continuo, incuestionable e irreversible

de la tecnología, así como de la asociación de su desarrollo *con* el proceso de humanización y civilización, como veremos más adelante.

Luego es hora de advertir en el progreso y las tecnologías su cara oculta: el asesinato de pueblos, culturas y ecosistemas, de animales humanos y no humanos que pagan injustamente las consecuencias de un proyecto político de modernización insostenible, descontrolado y, lo que es peor, incapaz de garantizar la integridad humana y biosférica, mucho menos de cumplir con el bienestar y la abundancia que prometía. Hasta aquí el marco general de una obra que, con un léxico y una sintaxis apta para todos los públicos, desenmascara una verdad tras otra. Enumeremos con cierto pormenor sus aportaciones más esenciales:

1. La tecnología no es una técnica cualquiera más.- El objeto tecnológico no se comprende adecuadamente si lo concebimos como un me-

dio aséptico para alcanzar los fines que propia y libremente determinemos, así como tampoco si lo concebimos como un útil-herramienta aislado del conjunto técnico que lo hizo posible y de los fines para los que fue creado.

2. La tecnología no se reduce al objeto técnico.- La comprensión cabal del fenómeno técnico exige que trascendamos la centralidad del objeto para atender a todo aquello que lo hizo posible, su conjunto técnico, dentro de cual podríamos destacar su materialidad, los fines para los que se creó o la intencionalidad de sus fabricantes, los gestos, movimientos y saberes asociados a su efectivo uso o implementación, los sujetos a quienes estaban destinados, el valor espiritual o simbólico de dichos objetos, y un larguísimo etcétera.

3. La técnica no es ética ni políticamente neutral.- Una ontología socio-histórica de la técnica debería asumir el hecho de que todo objeto técni-

co porta consigo determinadas motivaciones políticas, cargas axiológicas, fines y formas de vida de los que resulta indisociable, haciendo evidente que los objetos técnicos, desde el comienzo, son portadores de sus propios fines de manera estructural.

4. La tecnología no es la esencia del ser humano.- El *homo faber* –así como el *homo oeconomicus*–, no es sino un relato entre otro de los muchos que se afanan en encontrar la supuesta y constitutiva idiosincrasia del ser humano. Esta narrativa, al igual que tuvo un origen histórico, puede tener un ocaso, por lo que no resulta esencial, sino contingente. Ahora bien, en caso de haber algo consustancial al ser humano, esto no sería la tecnología, sino la técnica, que no es tampoco privativa del ser humano, ni destaca frente a otras asimismo complejas y elaboradas, como el lenguaje o la capacidad de creación imaginaria.

5. El progreso tecnológico no es sinónimo del progreso humano.- A este respecto, *Técnica y tecnología* es crítica con dos cuestiones. Primero, la reducción del concepto de “progreso” al ámbito tecnológico impide entender y valorar que el progreso también puede darse en otros términos (morales, democráticos...). Segundo, es inadmisibles la noción misma de Progreso entendida como el impulso necesario e intrínseco a toda sociedad humana, que le hace perseguir crecientes comodidades, bienes y servicios sociales, en toda época histórica y con independencia del carácter destructivo de estos afanes.

6. El progreso tecnológico no es el incuestionable destino de la humanidad.- En el epílogo de la obra, ante el carácter omnipresente y omnipotente del sistema técnico, Andoni Alonso se pregunta, ¿es la tecnología nuestro destino? Pese a las apariencias, Almazán nos recuerda que la

tecnologización de la sociedad no es absoluta, y que dicho proyecto tiene sus fisuras. Está claro que la tecnología, entendida como una técnica muy específica, desarrollada de consuno con los avances científicos modernos y con el nacimiento de la sociedad capitalista termointindustrial, no es un destino fatal al que tengamos que resignarnos o amoldarnos, sino una producción histórica bastante bien asentada en la actualidad, pero que, hasta lograr esta credibilidad, aceptación y fe generalizada atravesó siglos de interesantes vacilaciones y contradicciones. De modo que no cabe pensar que, siguiendo una lógica causal, en el futuro tenga que reproducirse el desarrollo técnico acelerado que, aunque no uniformemente, ha venido gestándose hasta ahora.

7. La tecnología no va a salvarnos, pero sí hay otras opciones.- Pese al elevado grado de dependencia tecnológica de nuestras sociedades indus-

triales, en cierta medida sí que sería posible imprimir un cambio de rumbo en nuestra trayectoria. Aun reconociendo la parcial autonomización del sistema técnico respecto de la agencia humana, sí que cabría hacer frente al “sonambulismo tecnológico” que hace de toda creación tecnológica nueva automáticamente un valor positivo, desposeyéndonos de la capacidad de decisión sobre la implantación o no de la misma. El libro no sólo señala dónde *no* encontraremos la solución, sino que, a medida que avanza, se vuelve más propositivo para señalar algunas pautas que *podrían* crear las condiciones de emergencia de una serie de contra-inercias que reescribieran la historia en una clave diferente a la actual tendencia destructiva y descontrolada.

8. Es posible la construcción de alternativas.- Podría destacarse, por un lado, el cese del uso y la fabricación de nuevos o ya existentes dispositi-

vos tecnológicos –ya que muchas veces éstos son inútiles o, peor aún, creadores de disfuncionalidades– y, por otro lado, la producción de técnicas intermedias, conviviales y democráticas que no participasen de las lógicas de dominación genocidas y ecocidas. Y es que ha de quedar claro que la crítica a la tecnología no significa ni el rechazo de toda técnica posible o existente ni mucho menos es sinónimo de tecnofobia, pues no nace de la incomprensión o el temor a la tecnología, sino de la *historización* y la *politización* de la tecnología, lo que logra relativizarla hasta el punto en que resulta irrisorio sostener que ésta sea el fruto de la evolución natural de la habilidad intrínsecamente técnica al ser humano.

Porque la posibilidad y la realidad del fenómeno técnico nos afecta a todos, es menester hacer de la crítica y la desmitificación de la tecnología no ya una cuestión filosófica –lo que está más o menos

asentado—, sino una cuestión popular. La contribución de Almazán hace lo propio y aporta su granito de arena a la generación de una población atenta, sensible, creyente y soñadora, capaz no sólo de criticar, sino también de imaginar configuraciones del mundo alternativas al distópico escenario al que el dominio tecnológico podría hacernos arribar.

Ahora bien, pese a no tener un final apocalíptico, *Técnica y Tecnología* tampoco tiene un final feliz. Manteniendo en tensión la capacidad de juicio o discernimiento, esta obra tiene la virtud de no caer en optimismos ni en pesimismo facilones, sino de ofrecer un diagnóstico bastante coherente del punto en el que estamos y de las dificultades que arrostramos. Cambiar de rumbo y emanciparnos del sistema socio-técnico no será fácil. Primero, porque elegir y seguir alegremente una forma de vida austera y “desconectada” requeriría casi de una

conversión religiosa. Segundo, porque más allá de toda voluntad y decisión personal, el sistema técnico quedaría prácticamente intacto hasta que esta decisión no escalase, convirtiéndose en trasunto de una consciencia colectiva. Pero la razón filosóficamente más contundente para comprender esta dificultad de salirse del imaginario del progreso, es que el cambio tecnológico no es una cuestión aditiva, sino integral (Postman). De manera que, cuando un individuo o una sociedad incorpora una nueva técnica, lo que tenemos es un individuo y una sociedad cualitativamente transformados, y no un mero sumatorio del individuo-sociedad preexistente *más* el nuevo objeto técnico. Intervenimos y modificamos la Naturaleza y, recursivamente, esta modificación nos modifica a la vez, repercutiendo en una total *mutación antropológica*.

La tecnología ya no obedece exclusivamente al modelo de

la prótesis habilitadora, o a la metáfora del caparazón protector del ser humano. Antes bien, la sociedad y el individuo se han industrializado, informatizado y automatizado hasta el punto en que la tecnología se ha hecho esqueleto (Ellul). Dada esta elevada integración y organicidad entre el organismo humano y la tecnología, combatirla no será tan sencillo como apuntar hacia un enemigo exterior, pues esta nos constituye internamente, dejándonos en una paradójica y ambigua situación.

En efecto, esta obra se caracteriza por rechazar respuestas definitivas. El autor es consciente de que en este contexto de múltiples colapsos ecosociales no habrá —y de haberlas, deberíamos estar alerta— soluciones únicas, últimas y finales, sino que lo que se abre es un momento para la reflexión y deliberación política. Dentro de esta senda, su propuesta se aleja —entre otras— del prometeísmo trans-

humanista, de perspectivas distópicas y ecototalitarias y de la administración o gestión de la naturaleza entendida como un cúmulo de recursos cada vez más escasos, para aproximarse a la perspectiva de una transición socialmente justa y ecológicamente sostenible.

Pese a este final parcialmente indeterminado, lo que la obra deja claro es que necesitamos revertir las bases ideológicas e imaginarias que dieron origen a la alta tecnología y al actual escenario de colapso socioecológico. Para ello, necesitamos reconstruir el tipo de relación imaginaria que tenemos con los objetos técnicos, haciendo de ellos objetos históricos, éticos y políticos, democráticos y de escala humana, cuya fabricación y uso podamos comprender, y de cuyas consecuencias podamos responsabilizarnos.

Frente al incierto, precario y vulnerable escenario del colapso socioecológico, es pre-

ciso que volvamos a encastrar la actividad y el metabolismo humano dentro de los límites terráqueos. Y, más allá de cualquier límite biofísico – que está ya irremediablemente ahí–, lo que nos atañe es buscar limitaciones *éticas* al dogma del crecimiento ilimitado, del imperativo tecnológico y del dominio tecnocientífico de la naturaleza –pues mientras más nos prevengamos de chocar contra los límites planetarios, menos sufrimiento y destrucción habrá. En contraposición a concepciones antropológicas productivistas, que reducen la naturaleza a un “medio ambiente” susceptible de ser incesantemente modificado para obtener cuantas comodidades y beneficios económicos desee una cierta élite de la especie humana, hemos de reconceptualizar las nociones y las relaciones entre el “ser humano” y la “naturaleza”. La apuesta del autor pasa por la creación de un marco antropológico que ubique al ser

humano dentro de Gaia o de la trama de la vida, entendida desde un punto de vista organicista como un *continuum* evolutivo de relaciones de ecodependencia e interdependencia. Pero estaríamos autoengañándonos si considerásemos que los cambios precisos son meramente conceptuales. También hacen falta transformaciones materiales, sociales, económicas, metabólicas y tecnológicas.

Este viaje que afrontamos, sin embargo, no es meramente negativo. En él no sólo tendremos que abandonar algunos de los supuestos lujos, placeres y comodidades de la Sociedad del Bienestar, sino que tenemos la oportunidad histórica de recuperar elementos que perdimos con la Gran Expropiación y que nos dotaban de autonomía colectiva, tales como la gestión comunitaria de los bienes comunales o la libre disposición de nuestros tiempos, espacios, afectos y necesidades, de nuestros territorios y

formas de vida, más acá de su captura por la sociedad de mercado globalizada y el aparato burocrático del Estado.

En conclusión, *Técnica y Tecnología* es un artilugio capaz de ponernos la cabeza sobre los hombros y los pies sobre la tierra. En sus momentos más amables es una invitación y, en otros más descarnados, un recordatorio de nuestra obligación a imaginar formas de vida, metabolismos y políticas contrasistémicas que, aunque no nos libren del colapso socioecológico, sí es posible que nos permitan colapsar mejor.

ANDREA VALCÁRCEL JIMÉNEZ
Universidad de Sevilla

WILLIAMS, J.: *Clics contra la humanidad: libertad y resistencia en la era de la distracción tecnológica*, Gatopardo ediciones, Barcelona, 2021. 192 pp.

Las tecnologías digitales no llevan demasiado tiempo,

pero su desarrollo ha sido exponencial, consiguiendo penetrar en prácticamente todos los ámbitos de la vida humana. Median en nuestros trabajos, en las comunicaciones, en los mercados, en la educación y en el ocio. Tan enraizadas están en nuestra cotidianidad que se hace difícil dudar que que nos hacen la vida más fácil y que nos ayudan a lograr nuestros objetivos. Eso pensaba el autor del libro, James Williams (Florida, 1982), hace una década, cuando trabajaba como analista y estratega para la multinacional tecnológica Google, hasta darse cuenta que dichas herramientas no van destinadas a beneficiar a quienes las utilizan. Comprensión tras la cual, decidió dejar su trabajo para dedicarse a investigar, en la Universidad de Oxford, sobre la filosofía y la ética de las tecnologías digitales. Esta doble experiencia personal del autor, con un pie en las oficinas de Silicon Valley y otro en los departamentos

oxonienses de filosofía, le sirve de urdimbre para tramar este libro titulado en castellano: *Clics contra la humanidad*.

El título original de la obra, *Stand out of our light*, apartaos de nuestra luz, es el lema de rebeldía que el autor desea transmitir. Un lema inspirado en el encuentro entre Alejandro Magno y Diógenes, en el que el poderoso rey macedonio, situado con su séquito frente al barril donde el filósofo yacía pensante, le preguntó si podía hacer algo por él, a lo que el filósofo indigente contestó que sí: apartarse porque le quitaba la luz del sol. A través de esta historia el autor articula sus ideas construyendo una analogía en la que las tecnologías digitales, en el papel de Alejandro Magno, acaparan nuestra atención, representada por la luz del sol. El objetivo de la obra es alentarnos a emular a Diógenes, para exigir a los imperios digitales que se aparten de esa luz preciada

que es nuestra atención y que, según el autor, nos permite dirigir nuestras facultades y energía hacia los objetivos y metas que nos marcamos en la vida. La captación y manipulación, por parte de las tecnologías digitales, de nuestra atención, está generando efectos nocivos que se extienden a nuestra salud física, emocional y mental; a la vez que ponen en riesgo las habilidades, actitudes y valores en los que se fundamentan la vida en democracia.

Para entender cómo hemos llegado a esta situación, es preciso comprender el modelo de negocio que sustenta a estas poderosas empresas, que nos ofrecen herramientas muy elaboradas y sofisticadas de forma, en apariencia, gratuita. El autor relata que hasta la aparición de las tecnologías digitales, los publicistas utilizaban la persuasión sin poder conocer del todo cómo las personas interactuaban con un anuncio, sin saber con precisión cuánta gente lo miraba,

durante cuánto tiempo, o si de verdad llegaba a su público objetivo. Aunque refinada, gracias a las aportaciones de la neuropsicología, la persuasión publicitaria se encontraba acotada por una limitación técnica. Sin embargo, las tecnologías digitales, al permitir la recopilación masiva de esos datos, generaron una revolución en el sector de la publicidad que, según el autor, permitió la industrialización de la persuasión. Gracias a la recopilación masiva de información, la llamada vigilancia capitalista, los publicistas pudieron diseñar una publicidad más certera, individualizada y, por vez primera, a escala global.

El autor nos alerta de que esta situación ha generado tal conflicto de intereses, que a la hora de diseñar y programar el funcionamiento de las herramientas digitales, con la publicidad como principal fuente de financiación, las empresas priorizan el beneficio económico a las necesida-

des, e incluso a la salud, de sus usuarios. De hecho, Williams va un paso más allá señalando que el producto que las tecnologías digitales venden a la industria publicitaria es el usuario y, más concretamente, su atención.

Ya en 1970, el economista Herbert Simon, vaticinaba que un mundo de abundancia informativa produce la escasez de aquello que la información consume; la atención, al ser el bien escaso que la información consume, es la pieza clave de este *puzzle*. Las compañías tecnológicas buscan reclutar usuarios para extraer su atención y manipularla, con el objetivo de que consuman ciertos contenidos publicitados. Por eso, para el autor, el mayor peligro no es la recopilación masiva de datos o la privacidad de dicha información, que es en lo que mayoritariamente se centran las limitaciones y las regulaciones actuales, sino cómo estas empresas diseñan sus plataformas digitales para

competir por nuestra atención; y no solo contra otras plataformas digitales, también contra nuestros propios quehaceres cotidianos: cuanta más atención prestamos a su red de nubes, menos atención disponemos para llevar a cabo nuestros objetivos y metas en la vida.

Según el autor, carecemos aún de palabras para señalar de forma efectiva el alcance de los problemas que plantea esta situación. Al referirnos a la atención, pensamos en ella como la capacidad de dirigir nuestra consciencia o de concentrarnos en una tarea. Sin embargo, a su juicio, esta concepción resulta insuficiente para comprender el impacto de estas herramientas en nuestras vidas. Por ello, uno de los principales objetivos de su libro es ampliar el concepto de atención a través de una metáfora lumínica, describiéndola como un triple haz de luz: luz focal, astral y diurna.

La atención focal sería similar al haz de luz de una linterna, un foco preciso y delimitado que nos permite concentrarnos en una tarea específica y llevarla a cabo. La influencia nociva que la tecnología digital tiene a este nivel es la interrupción, a través de alertas y notificaciones constantes, del desempeño fluido de nuestras tareas y conlleva una pérdida de productividad y eficiencia. La atención astral es la luz de las estrellas que forman el universo de valores que nos sirven de guía para orientar nuestras decisiones vitales a largo plazo. Las tecnologías digitales son, a este nivel, como una bruma que nos hace perder de vista el bien común, que se ve sustituido por el bien de las empresas. De esta forma nos hacen perder el rumbo y, a través de la persuasión, nos incitan a tomar decisiones impulsivas, centradas en gratificaciones individuales e inmediatas, sin tener en cuenta las consecuencias globales.

Por último, la luz diurna, es un foco general que nos permite ver, analizar y reflexionar sobre lo que hay a nuestro alrededor. El diseño de las tecnologías digitales está orientando a limitar y manipular la esfera informativa a fin de exponernos a aquellos contenidos que más nos pueden llamar la atención, sin importar su veracidad o calidad ética. A este control del entorno informativo, que afecta a nuestras capacidades cognitivas y nos impide reflexionar de forma crítica, lo denomina *distracción epistémica*.

Los problemas derivados de esta triple distracción atencional no solo dañan la autodeterminación individual, sino que afectan también a la voluntad general. Esta es una de las mayores preocupaciones del autor, ya que según él, nunca antes el poder de manipulación había estado tan centralizado, ni podía llegar con tanta facilidad a millones

de personas, casi de forma instantánea, como sucede ahora. Hemos creado el que, hasta la fecha, es el sistema más grande y eficiente de manipulación de actitudes y comportamientos. Un sistema cotidiano, del que cada vez dependen más ámbitos de nuestra vida. Lo cual nos sitúa en una posición de servidumbre atencional frente a las grandes empresas tecnológicas, los Alejandro Magno de nuestro tiempo, que al taparnos la luz, ponen en riesgo los valores, las capacidades y actitudes que permiten la convivencia democrática.

A la hora de buscar responsables, el autor no ve justo señalar a las personas que diseñan las plataformas digitales; no hay malos, dice, mientras apunta a la ética de la estructura. Lo más urgente es actuar, pese a no tener evidencias del todo contrastadas, ya que la ciencia no puede seguir el ritmo de innovación y desarrollo de la tecnología y, mientras tanto, nos estamos

exponiendo cada día a diseños que son, a la par de útiles, perniciosos. Es necesario, dice James Williams, que reclamemos nuestra libertad atencional, que pidamos a los imperios digitales, como hizo Diógenes, que se aparten de nuestra luz.

El reclamo que hace su autor en *Clics contra la Humanidad* no es nuevo, ya al final de la década de los setenta, Iván Illich señalaba que para no someternos al señorío de la herramienta, esta debía responder a tres exigencias: ser generadora de eficiencia sin degradar la autonomía personal, no suscitar ni esclavos ni amos, y expandir el radio de acción personal. Lo que queda patente es que la crisis de nuestra relación con la herramienta, la energía y el medio ambiente, se ha visto agravada a pasos agigantados con la aceleración digital. Illich apuntaba con claridad hacia la ética de la estructura, James Williams también lo hace pero, más bien, pareciera

querer excusar su propia contribución, y la de sus amistades de Silicon Valley, en el devenir de esta situación.

Recordemos que afirma con claridad que no hay malos en el mundo de las herramientas digitales, sino que partiendo de una bondad primera que nos impulsa hacia el bien común, nuestra creación se acaba retorciendo hasta convertirse en una especie de monstruo descontrolado que se vuelve en nuestra contra. Se palpa un humanismo de bondad innata donde el mal, entendido como ir en contra del bien común, parece ser una mera cuestión de ignorancia, ingenuidad o inmadurez. Y esto nubla un análisis riguroso de los valores humanos, ya que la usura, el egoísmo y el individualismo que están en la base del diseño de las plataformas digitales, siendo igual de humanos, no surgen de la ingenuidad de la ignorancia, sino que se construyen a través de una

racionalidad exclusiva, lógica y bélica, que bajo la égida de la dominación masculina, ha tenido un largo tiempo de maduración. Las herramientas digitales, así como los modelos económicos y de negocio en los que se sustentan, operan en todo el mundo pero tienen un origen geográfico e ideológico concretos. No parece muy justo responsabilizar a la humanidad entera y apelar a ella en busca de soluciones para un problema que están construyendo entre unos pocos.

Pese a que el libro se centra en poner de relieve la sumisión atencional, sin duda esto es, junto a la privacidad o la concentración de poder de las multinacionales digitales, un síntoma concreto de una problemática fundamental más profunda que el libro deja entrever: la guerra que enfrenta a la doble naturaleza de la libertad que hemos construido y heredado en el mundo occidental, es decir, la libertad del mercado contra la

libertad del individuo. Cuando los pensadores liberales fundamentaban la libertad del individuo y del mercado lo hacían en contraposición al poder absoluto y centralizado del monarca; pero el contexto que nos describe el libro es bien distinto, en nuestro tiempo la libertad del mercado ha sobrepasado el poder del monarca y se contrapone a la libertad del individuo. La metáfora escogida por el autor representa muy bien esta realidad, donde las multinacionales ocupan el trono de Alejandro, mientras que el individuo libre, que piensa por sí mismo y es capaz de defender hasta el final su libertad, es Diógenes, un mendigo, solitario y marginado. Y esto revela quizá lo más tenebroso de nuestro vasallaje, que el precio de rebelarse frente al monopolio radical que ejercen sobre nuestras vidas las herramientas digitales, basadas y diseñadas conforme a los valores del libre mercado, supone la renuncia

integral a lo que llamamos bienestar.

En definitiva, *Clics contra la humanidad*, es una obra amena, de lectura ligera, que nos invita a ir más allá del problema de la privacidad, para comprender cómo las plataformas digitales salen hoy a la conquista de los territorios mundanos en los que habita nuestra atención, esos lugares donde se fraguan las ideas, los valores y los objetivos vitales que dirigen y orientan nuestras acciones en la vida.

DAVID ÁLVAREZ CARRETERO
Universidad de Cádiz

GAMBOA SARMIENTO, S.C.: *Mente y tecnicidad: argumentación y formación tecnológica en sociedades democráticas*, Editorial Aula de Humanidades, Bogotá, 2020.

El libro que les estaré presentando, y del cual haré posteriormente una breve crítica

sobre tres aspectos puntuales, corresponde a la profesora Sonia Cristina Gamboa Sarmiento, ingeniera de sistemas, doctora en educación y filósofa por vocación. Esta obra es parte del resultado de su tesis doctoral en educación bajo la línea de investigación en filosofía y enseñanza de la filosofía. Decimos que es parte del resultado de dicha tesis, pues teniendo en cuenta el tiempo transcurrido y la saturación de la información en la era digital, muchos temas han sido actualizados, ampliados y otros introducidos por primera vez. Asimismo, parte de estos temas la autora los ha venido trabajando en diferentes artículos, así como capítulos de libro.

Ahora bien, de la obra a reseñar, haremos un breve recorrido sobre la misma, partiendo de lo que consideramos es su idea central y, finalizaremos ofreciendo tres apartados críticos con el fin de contribuir al espíritu reflexivo de la filosofía en el que nada se da

por sentado de manera absoluta, cual verdad revelada, y donde todo, a pesar de su aparente objetividad y veracidad, está sujeto siempre a la revisión crítica y analítica.

Pues bien, Gamboa-Sarmiento (2020) en su libro *Mente y tecnicidad*, se enfoca en dos grandes temas: democracia y tecnología, los cuales matiza bajo las ideas de que los ciudadanos en el contexto actual requieren de formación de sus estructuras mentales que deben estar condicionadas en primera instancia por la argumentación, la cual a su vez es condición necesaria para la vida en democracia que debe tener como sustrato la ética como “motor racional sobre el cual se constituyen los valores democráticos” (p. 11). Así mismo, estas estructuras mentales pueden ser representadas tanto formal como computacionalmente en donde la autora apuesta por una pedagogía computacional en la cual se priorice la enseñanza de estructuras argu-

mentativas bajo el enfoque de la epistemología experimental. Todo este planteamiento, Gamboa-Sarmiento, lo desarrolla a lo largo de siete capítulos de los cuales ofreceremos aquí una breve contextualización.

La autora inicia el primer capítulo (1) con “el problema de la formación: la democracia como valor universal”, en donde, en la condición post-moderna, la democracia es la única forma de gobierno aceptable y en la que, además, la tecnología tiene un fuerte impacto en esta forma de vida. La autora lo expone así: para la democracia es necesario formar ciudadanos (y del mundo) con capacidad de ejercerla en su vida cotidiana, en las elecciones de gobernantes y la construcción de políticas públicas, por lo que es fundamental el ejercicio argumentativo para la formación en valores y el conocimiento de las leyes de su contexto. En relación con este aspecto, la tecnología

juega un papel importante en la formación y ejercicio de las estructuras argumentativas, si bien la autora también desarrolla algunos planteamientos sobre cómo la tecnología favorece prácticas del pensamiento crítico.

En el segundo capítulo (2) la autora se centra en el problema de “la argumentación”, exponiendo diferencias y similitudes entre la *retórica* y la *dialéctica* a partir de Aristóteles, Perelman y Olbrechts-Tyteca, y Toulmin, las cuales posteriormente compara con lo que es la argumentación, en un análisis de la estructura del discurso argumentativo. Sobre este asunto, Gamboa-Sarmiento (2020) nos muestra que Toulmin amplía la estructura retórica de Aristóteles, en donde la argumentación en una correspondencia lógica tendría que garantizar la “*aceptabilidad*, o la *preferibilidad*, o la *plausibilidad*, de una conclusión por parte del auditorio” (p. 61). No solo para garantizar, sino para

valorar la adhesión del auditorio “si es posible calcular la *preferibilidad* o *plausibilidad* de una conclusión” (p. 61) con el fin de evaluar los procesos argumentativos.

Esto hace que la autora se dirija al trabajo de Rodríguez (2009) con la propuesta de la teoría de la plausibilidad, que remite a su vez a Agüero (1987), “como una formalización para el diseño de arquitectura de computadoras” (p. 62). Conviene decir que la teoría de la plausibilidad se sustenta en la decisión racional (frente a varias posibilidades, tomar la mejor decisión), pues es posible calcular la decisión más plausible mediante la aplicación de teoremas lógicos. Recordemos que la lógica clásica que es bivalente, es decir, establece solo dos valores de verdad: verdadero o falso. Por su parte, en la lógica polivalente se establece que, en las proposiciones verdaderas o falsas, puede haber otras con un tercer valor, que se enuncia como la

posibilidad. Teniendo en cuenta lo dicho, se plantea la lógica de la plausibilidad, como un sistema formal de lógica difusa que “busca formalizar el *razonamiento aproximado*, es decir, deducciones que se realizan con información incompleta, vaga o imprecisa, propia de la comunicación humana” (Gamboa-Sarmiento, 2020, p. 63). Todo esto en la medida que la argumentación presenta conclusiones con un cierto grado de plausibilidad.

Pasando al tercer capítulo (3), la autora plantea “el camino de la *psicología trascendental*” (p. 67), que teniendo en cuenta el aspecto de la automatización de procesos argumentativos, afirma que se busca comprender los procesos mentales “desde sus fundamentos filosóficos hasta la inteligencia artificial” (p. 68), con el propósito de comprender las operaciones subjetivas que ha permitido construir modelos que simulan operaciones. Es por ello que la au-

tora realiza un recorrido desde la *psicología trascendental* de Hume hasta la *fenomenología trascendental* de Husserl para aterrizar en el estudio de lo artificial, afirmando que se requiere una comprensión de la subjetividad para la creación de dispositivos que simulan operaciones mentales, como ya hemos dicho. Esto conlleva a que, en el cuarto capítulo (4), el libro aborde la “fenomenología de lo mental”, tratando de comprender cómo argumentan los individuos en la medida que son expresiones de las estructuras mentales, afirmando que este capítulo se desarrolla dentro del contexto de las ciencias cognitivas, de tal manera que tras preguntarse cómo funciona la mente esta pueda ser representada mediante modelos computacionales. Aquí, la autora realiza una sucinta exposición en la que aborda las discusiones acerca de la mente y la naturaleza de la conciencia en el siglo XIX, a partir de las cua-

les se instauran dos corrientes: la analítica y la fenomenológica.

Sabemos que la autora se sitúa en la línea fenomenológica tomando como referente el trabajo de Thomas Nenon que tal como afirma “responde a la tradición fenomenológica del estudio de la mente y sus posibilidades de computación” (Gamboa-Sarmiento, 2020, p. 95). Dentro del enfoque fenomenológico de Nenon, de acuerdo con la autora, se tiene en cuenta el desarrollo psíquico y también su relación con la ética. En consecuencia, desde este enfoque la autora aborda: la mente en el enfoque fenomenológico (p. 98), la conciencia (p. 99), la mente y los estados mentales (p. 102), la intersubjetividad (p. 104), mente y conciencia como estructuras trascendentales (p. 109). Lo anterior, para concluir que, la representación de esta estructura trascendental eidética de lo mental según Nenon, y basado en Husserl,

se modela bajo una representación ética de contenido racional dentro de los parámetros de la relación concienciamente que posibilitan la intersubjetividad y, por tanto, la autonomía epistémica de tal manera que dichas estructuras mentales son externas e independientes a todos los sujetos, lo que las hace estructuras objetivas: “dado que la racionalidad opera, como estructura objetiva, en mí y en todos, los demás están también obligados a actuar bajo los mismos principios éticos de responsabilidad y autonomía epistémica de la razón” (p. 112).

Esto da paso para abordar en el quinto capítulo (5) “la argumentación como estructura mental: representación propuesta como enfoque de epistemología experimental” (p. 113), en el cual se recogen parte de los planteamientos del segundo y del cuarto capítulo, pues Gamboa-Sarmiento (2020) propone una representación de la argumentación

como una estructura mental que desemboca en “una estructura que opera en un dispositivo computacional” (p. 113), en donde la operación funcional de dicho dispositivo se ubica en el terreno de la epistemología experimental para validar los procesos argumentativos: estructura del argumento y valor de plausibilidad partiendo de la formalización de la lógica de la plausibilidad. Sin embargo, la autora indica que, en el enfoque fenomenológico de la epistemología experimental se hace explícito cómo los usuarios operan por un automatismo (actitud natural), es decir, dichos procesos mentales no son objeto de reflexión. Es en este capítulo que se expone la funcionalidad y objetivo de la aplicación *Argumentar* en sus versiones 2011 y 2018 (aplicación tanto de Sonia Cristina Gamboa-Sarmiento como de Germán Vargas Guillén). El nombre de dicha aplicación ya nos permite vislumbrar que tiene

un propósito en el área del ejercicio y el aprendizaje precisamente de estructuras argumentativas. De acuerdo con la autora, dicho software cuenta con dos formas de racionalidad: sustantiva y procedimental. La aplicación, por tanto, permite rastrear en un mismo contenido “tanto las operaciones mentales que suceden en el usuario cuando este se dispone a evaluar un argumento, como las operaciones del *programa del agente*, cuyo resultado en ambos casos, es un *valor de plausibilidad*” (p. 126).

Por consiguiente, la autora vuelve en el sexto capítulo (6) al problema de la argumentación, pero esta vez de “la argumentación como estructura mental” (p. 129), en donde desde la ingeniería es posible construir dispositivos computacionales que permitan el procesamiento sintáctico y semántico del lenguaje natural que además tengan la capacidad de modificar dichas estructuras en la interacción

con los usuarios. No obstante, la autora no se limita a este ámbito y va más allá, planteando que la argumentación es un asunto propio de la formación, que permite el discernimiento y el reconocimiento del otro (como fin en sí mismo, como sujeto, no como objeto), por lo que es un ejercicio fundamental para la democracia, es decir, la educación es una cuestión de cimentación de la subjetividad, así que: “en el campo de la pedagogía es posible desarrollar aplicaciones de software para la enseñanza de procesos argumentativos y para la conformación de comunidades para el ejercicio de la democracia” (p 131).

Dando paso al séptimo capítulo (7), Gamboa-Sarmiento (2020), aterriza lo dicho anteriormente en una propuesta denominada “pensamiento tecnológico en la perspectiva de G. Simondon” (p. 137). Aquí la autora realiza un recorrido sobre lo que es el estatuto de minoría y el estatuto

de mayoría. En el primero, para el hombre el objeto técnico hace parte de su entorno natural y, el segundo, hace referencia a una toma de conciencia sobre el mismo, lo que implica una diferencia en la forma en la que el individuo “va al encuentro con el objeto técnico” (p. 137). Frente a lo dicho, Gamboa-Sarmiento (2020) propone superar la oposición entre el estatuto de minoría y el estatuto de mayoría: “encontrar una actitud intermedia entre la actitud del artesano (...) y la actitud del ingeniero” (p. 139). Por lo que, para alcanzar esta actitud, la autora vuelve a los planteamientos de la teoría fenomenológica de la mente que plantea desde Nenon en donde “el individuo lleva a cabo operaciones reflexivas, de autoconciencia, sobre su relación con el objeto técnico” (p. 139). Pero volviendo a Simondon, Gamboa-Sarmiento (2020), establece que no necesariamente hay diferencia entre la actitud

de dominio del artesano y del ingeniero en la medida que no se “dice nada aún sobre la actitud reflexiva crítica del individuo sobre tal conocimiento” (p. 143), si bien hay una racionalidad previa en la estructura del ingeniero (estatuto de mayoría). Aquí la autora hace referencia al pensamiento tecnológico como actitud crítica, reflexiva, argumentativa y ética en la que se debe formar al individuo frente a los objetos técnicos.

Este análisis acerca del nivel de educación sobre el estatuto mayor y el estatuto menor con respecto al acceso de la técnica lleva a la autora a abordar la diferencia entre técnica, tecnología y tecnicidad, estableciendo que esta última se reconoce en la invención o evolución de los objetos técnicos. Todo este análisis se ofrece bajo la óptica de Simondon, en el que se expone cuáles son las formas de relación del individuo con los objetos técnicos, pues la tecnicidad se manifiesta tanto

los sujetos como en los objetos mismos. Por lo tanto, Gamboa-Sarmiento (2020), establece el *pensamiento filosófico como alternativa de formación de seres tecnológicos* (p. 159), toda vez que la tecnicidad es una característica propia de cada época, en la que el sujeto debe comprender cómo dicha característica se concreta en la relación entre el sujeto y el objeto técnico (individuación del uno, individualización del otro): “la actitud tecnológica se vale del pensamiento filosófico como último punto de equilibrio, a partir del cual es posible realizar una reconstrucción genética de la naturaleza de los objetos técnicos” (Gamboa-Sarmiento, 2020, p. 159).

Ahora bien, después de esta presentación del libro de Gamboa-Sarmiento, procedamos a una breve crítica de este en tres aspectos puntuales:

(1) El asunto de la subjetividad en la fenomenología es-

trechamente vinculado con el asunto de la conciencia: basándonos en Gallagher y Zahavi (2014), la fenomenología va a los asuntos de la experiencia misma, a saber, “al fenomenólogo le concierne entender la percepción en términos del significado que tiene para el sujeto” (p. 29). Así pues, Gamboa-Sarmiento (2020) plantea la subjetividad como uno de los aspectos fundamentales para abordar tanto la formación tecnológica, como la que concierna al ejercicio del ciudadano en la democracia, encauzando esto en el enfoque ético en el que tanto insiste: “la comprensión del mundo ocurre como una función de la subjetividad” (p. 92).

No obstante, lo que podemos observar es que la autora no recurre a la evidencia científica (ciencias cognitivas, neurociencias) para aterrizar este asunto. Y si bien tradicionalmente se ha establecido una distancia entre la filosofía analítica (de la mente) y la

fenomenología, más allá de hacerse partidario de la una o la otra por sus diferentes planteamientos, consideremos en este caso que lo pertinente es enfocarse en abordar problemas. Entonces, preguntemos, ¿Es posible abordar el problema de la subjetividad de manera científica y objetiva? ¿Cómo se verifican los estados subjetivos e intersubjetivos? (Arias, 2016) (Anónimo, 2020) ¿Es pertinente cientifizarlos? Pero, entonces, ¿cuál es la certeza de la objetividad de las estructuras mentales tal como nos señala la autora? Nos queda un sin-sabor, porque la ciencia tiene límites que, si bien se pueden ir ampliando, de cualquier manera “en cada momento histórico su conocimiento del mundo es parcial” (Diéguez, 2020, párr. 9). ¿Acaso no es pertinente contar con métodos que nos ofrezcan certeza “empírica” de lo que es externo a nosotros? ¿O supondríamos que la evidencia empírica no es necesaria para

afirmar la realidad objetiva del mundo o al menos su proximidad? (Diéguez, 2005).

(2) El tema de la subjetividad que conlleva a la necesidad de sugerir una actualización de la teoría de la mente: en el capítulo 4 la autora desarrolla la fenomenología de lo mental abordando asuntos como *la mente en el enfoque fenomenológico, la conciencia, los estados mentales, la intersubjetividad, entre otros*. Lo que nos resulta curioso del enfoque fenomenológico tal como ya expusimos brevemente en el apartado anterior es el ir a la experiencia misma, y sin pretender desdibujar y sabiendo que el debate es mucho más profundo de lo que aquí se expone, no podemos dejar de preguntar, ¿Qué es ir a la experiencia misma sin evidencia empírica? ¿Cómo es posible verificar estados intersubjetivos? Gamboa-Sarmiento (2020) nos sugiere que se originan estructuras mentales que ya no dependen del agente, que son estructu-

ras independientes “que valen para mí y valen para los otros, valen para todos” (p. 105), pero esto nos hace pensar en el *problema de las otras mentes* en la medida que sobre la observación de la conducta (incluyendo la verbal) podemos juzgar que una criatura es consciente y pensante (otra mente). No obstante, estas observaciones sirven solo para “presentar el problema, no para resolverlo. El problema comienza a aparecer cuando se pregunte qué es lo que *justifica* los tipos de inferencias mencionados” (Churchland, 1992, p. 108). Nos parece apropiado entonces invitar a la autora a ampliar su teoría de la mente a la luz de la evidencia científica (ciencias cognitivas, neurociencias, biología evolutiva, entre otros). No osamos, eso sí, sugerir desistir del enfoque fenomenológico, pues no es algo que nos corresponda, pero sí quedamos abiertos a su posible respuesta, lo cual

sería de gran estima e incentivaría el debate académico.

(3) Problematización del concepto de racionalidad: acerca de este aspecto que se encuentra impregnado en todo el libro, la autora da por sentado esta como uno de los fines a seguir. Así tanto las estructuras mentales que a su vez configuran la argumentación, como el propósito del proyecto ético, se espera que estos se encuentren basados en la racionalidad, o al menos eso es lo deseable. Entendida la racionalidad como una máquina lógica en la que operan datos que se ponen en orden para que logren tener consistencia. No obstante, si la racionalidad es fundamental para el ejercicio de la argumentación queda pendiente saber si la racionalidad se puede suponer como una facultad que busca determinados fines y como algo *bueno* o deseable en sí mismo, pues desde la obra Gamboa-Sarmiento podemos suponer que la racionalidad es de uti-

lidad para fundar los valores del ejercicio democrático. De ser así, no es nuestro objetivo ofrecer una perspectiva pesimista del asunto, pero no hay excusa para no plantearlo, más cuando hay evidencia que favorece afirmar lo siguiente: somos irracionales y contumaces (Diéguez, 2014). Pues bien, frente a esta idea que somos racionales su opuesto es señalar que somos irracionales, prejuiciosos y persistimos en la necesidad. Es decir, formamos juiciosos falsos, actuamos de forma opuesta a los fines que se persiguen: “aceptamos acríticamente cualquier dato que confirme nuestras opiniones y miramos con sospecha cualquiera otro que las contradiga” (Diéguez, 2014, párr. 3). En suma, Diéguez (2014) señala que somos bastante deficientes en términos racionales y esquivos a corregir nuestros errores, y que este es un asunto que está siendo estudiado desde las ciencias cognitivas. Consideramos

pertinente hacer referencia a algunos autores que trabajan o han trabajado sobre dichos aspectos de la irracionalidad: Nicholas Rescher, Pascual Martínez-Freire, Justin E. H. Smith, Lisa Bortolotti. Además, se encuentra el libro *Weakness of Will and Practical Irrationality* (2003) editado por Sarah Stroud y Christine Tappolet de la Oxford University Press en el que se encuentran once capítulos en los que diferentes autores abordan el tema.

No obstante, tras todo lo dicho en este apartado, quizá lo conveniente en este caso sería plantearnos, ¿Qué entendemos por racional e irracional?

Después de este recorrido y crítica al libro de Gamboa-Sarmiento, cabe señalar la importancia de remitirse a sus demás escritos para poder tener una mirada global de su trabajo con respecto a entornos virtuales de aprendizaje, didáctica, estados mentales, argumentación, computación,

la revisión que hace a la obra de Simondon y, por supuesto, de todo ello la lectura política que realiza en pro de la democracia procurando siempre dejar claro la importancia de la reflexión sobre lo público contrario a toda idea de adoctrinamiento. Por lo que, encontramos valioso y encomiable el trabajo de la profesora Gamboa-Sarmiento toda vez que es una muestra indiscutible de la importancia de la interdisciplinariedad en la medida que la filosofía es una disciplina que se relaciona siempre con el mundo, lo que implica que se encuentre relacionada siempre con otras ciencias o disciplinas: política, historia, psicología, biología, etc. Por lo que, los filósofos (as) no debemos ser ajenos a los resultados, planteamientos y metodologías desarrollados desde otras ramas de conocimiento.

SILVIA M. ESPARZA-OVIEDO
Universidad Nacional Abierta
y a Distancia (Colombia)

